Montaigne y la mentalidad científica

Con cierto reparo me atrevo a tratar un tema que —lo digo con toda sinceridad— es superior a mis fuerzas pero cuyo atractivo es más fuerte que mi prudencia. Ya es bien sabido que, en cuanto a la actitud de Montaigne respecto de la ciencia, la crítica más generalizada es la que insiste en su carácter negativo, debido al escepticismo del pensador. Por mi parte me inclino por una opinión distinta que trataré de justificar.[1] Para ello y en primer lugar debo recordar que algunas palabras que designan tendencias o doctrinas filosóficas han resultado tan dañadas y corrompidas por las creencias dominantes y los prejuicios que a ellas se oponen que han perdido, al menos en el lenguaje corriente, su significado primitivo. Con el pretexto de precisar el concepto que entrañan se ha degradado su significación. Así ocurre con palabras tales como libertino y libertinaje, materialista y materialismo, escéptico y escepticismo y muchas más. Por lo general se califica de escéptica en lenguaje corriente a la persona que no cree en nada y por ello es indiferente a todo porque todo le es igual. Ahora bien, el escepticismo, hay que repetirlo, es una de las más importantes doctrinas filosóficas. Es la que más ha contribuido a la distinción de lo subjetivo y de lo objetivo, de la ciencia y de la metafísica; es la que ha hecho más para que se estudien los fenómenos en sí mismos y en su correlación, con el fin de regular mejor y de manera más segura la vida individual y social. Es en este sentido, me parece, en el que es lícito hablar del escepticismo de Montaigne cuyo pensamiento sigue siendo actual porque, como Sexto Empírico, estima que el sabio no es el que sabe, sino el que busca.

Por supuesto que nuestro autor es inagotable en su crítica de la ciencia —la de su época— tan contradictoria, tan frágil y, no obstante, tan orgullosa e intransigente que, evidentemente, no podía satisfacerle. La «ciencia nueva» no ha nacido todavía, ni por consiguiente la terminología adecuada, tampoco. El texto de Montaigne se resiente a menudo de la falta de un léxico exacto, preciso, no ambiguo, que no existe todavía. El saber de su época comprende principalmente conocimientos puramente especulativos, con frecuencia erróneos, teorías varias, relatos y opiniones en los que se mezclan de manera incoherente algunas anticipaciones fecundas con leyendas y supersticiones absurdas. Sus contemporáneos deben aceptar, al menos públicamente, el principio de autoridad. A este respecto un ejemplo curioso y triste a la vez que podemos evocar es el del eminente cirujano Ambrosio Paré a vueltas con los polvos de cuerno de unicornio

[1] *Otros estudiosos me han precedido en este camino, especialmente M. Will G. Moore en su muy interesante artículo* L'Apologie et la science *publicado en el «Mémorial du I Congrès International des Etudes Montaignistes», Bordeaux, 1964, p. 200.*

que protegen de la peste. No niega la existencia del monstruo, puesto que la Iglesia lo afirma, pero tras haber enumerado todas las razones que hay para no creer en él, concluye que él sí cree.[2]

Sin embargo ya hace mucho tiempo que la enseñanza de la Escuela o Escolástica, es decir la adaptación hecha por Santo Tomás de la metafísica y de la física de Aristóteles, que es una física de las cualidades sensibles, está desacreditada entre las más eminentes personalidades del siglo XVI. Esta enseñanza ignora lo que va a ser la revolución científica: la dualidad radical entre las cualidades primeras de las cosas y las sensaciones que de ellas tenemos. Y este descrédito se irá extendiendo cada vez más hasta el punto de que la Sorbona llegará a inquietarse y en 1624 prohibirá el discutir a Aristóteles bajo pena de muerte.[3]

Por eso la crítica de Montaigne, por vigorosa que sea, es a fin de cuentas, constructiva; contribuye a un trabajo de destrucción y limpieza previo e indispensable para el logro de más inteligentes reconstrucciones futuras. Se dirige a la necedad de los hombres que aceptan sin discutirlos todos los prejuicios y permanecen sometidos a la rutina. Al ponernos en guardia contra lo irracional, contra las afirmaciones sin fundamento racional, al insinuar opiniones de riquísimo y valiente contenido, Montaigne ha abierto caminos nuevos que otros pronto van a recorrer. No sin peligro. El siglo XVII en que con palabras de Ortega «rinde sus cosechas áureas la gran siembra espiritual del Renacimiento» se inicia con la muerte de Giordano Bruno, quemado vivo en Roma en 1600. Vanini sufrirá el mismo suplicio, tras habérsele arrancado la lengua, en Toulouse en 1619. Vendrá después el proceso de Teófilo de Viau, representante de una elite intelectual que será duramente reprimida. Precisamente el modernismo de esta generación proporcionará a Descartes la atmósfera en que vivió durante los años de su formación. No es una casualidad si su poeta preferido es Teófilo de Viau. Asimismo sabemos que Descartes escribió un *Tratado de Metafísica* y una *Física* o *Tratado de la luz;* mas la condena de Galileo en 1633 le hizo posponer la publicación de estas obras que se basaban en la idea del movimiento de la Tierra. En 1641 el éxito de su filosofía, expuesta en latín, en sus *Méditations sur la philosophie première,* obra que socava la autoridad de Aristóteles, le crea dificultades con las universidades de Utrech y de Leyde. Llega a ser acusado de blasfemo y de ateo. Será por último condenado e incluido en el Índice en 1663. Los *Ensayos* de Montaigne quedarán incluidos en el Índice de la Inquisición española en 1640 y en 1676 en el de la Inquisición romana. Podríamos seguir multiplicando los ejemplos.

Así pues, la ciencia sufre un retraso en su inevitable progreso mas no se detendrá. Nada puede paralizar totalmente el pensamiento y el propio Montaigne lo ha afirmado: «Nuestra mente es una herramienta vagabunda [...] Se la ata y agarrota con religiones, leyes, costumbres, ciencia, preceptos, penas y recompensas mortales e inmortales; y, no obstante, vemos que por su volubilidad y disolución escapa a todos estos lazos».[4]

[2] *Robert Mandrou,* Introduction à la France moderne, *Albin Michel, 1961, p. 260.*

[3] *J. S. Spink,* La libre pensée française de Gassendi à Voltaire, *traduction del'anglais par Paul Meier, Ed. Sociales, 1966, p. III.*

[4] *«Notre esprit est un outil vagabond [...] On le bride et garrotte de religions, de lois, de coutumes, de science, de préceptes, de peines et récompenses mortelles et immortelles; encore voit-on que par sa volubilité et dissolution, il échappe à toutes ces liaisons», L. II, 12.*

Por otra parte, su aparente desprecio de la ciencia, tan agobiante por cuanto pone de manifiesto la miserable condición humana, incapaz de alcanzar la verdad; su insistencia en ridiculizar la vanidad del hombre y en emplear la ironía, procedimiento éste de los más eficaces para provocar la reacción del lector; ese sentimiento de lo grotesco de nuestra naturaleza, tan frecuente en los *Ensayos* y que es una de las formas más sutiles del espíritu crítico, no ha inspirado la renunciación, ni la resignación, ni la ignorancia satisfecha de sí misma. Paradójicamente su crítica no es desalentadora. Un solo ejemplo lo probará. Cuando Montaigne insiste acerca de la impotencia de la voluntad del hombre ante ciertas reacciones y ciertos movimientos de su cuerpo que se producen a pesar suyo, observando, por ejemplo:

> Que es preciso que parpadee ante el golpe que le amenaza...[5]

está fijándose en esas reacciones automáticas e involuntarias de un organismo vivo ante un estímulo exterior, que llamamos hoy actos reflejos. Aunque parezca que su crítica de la voluntad solamente tiende a humillar el orgullo del hombre, el caso es que el ejemplo escogido demuestra su intuición intelectual que se detiene a reflexionar en los principios esenciales y ocultos de las cosas. Basta con compararlo a otros autores para advertir la disparidad de enjuiciamiento. Así Lope de Vega ha utilizado —singular coincidencia— el mismo ejemplo y ha sacado una conclusión diferente:

> El mundo de acá y de allá
> Mengo, todo es armonía
> Armonía es puro amor
> porque el amor es concierto [...]
> Mi mano al golpe que viene
> mi cara defenderá [...]
> *Cerráranse mis pestañas*
> *si al ojo le viene mal,*
> *porque es amor natural.*
>
> (*Fuenteovejuna,* acto I, escena IV)

El autor español evoca en estos versos una creación perfecta, armoniosa que da por descontada la existencia de una providencia protectora del hombre. La afirmación de Lope no incita a la investigación puesto que de antemano proporciona una explicación tan tranquilizadora como definitiva. La observación de Montaigne, por muy desengañada o decepcionante que parezca, invita a la reflexión. La conclusión apaciguadora de Lope viene del pasado. La crítica de Montaigne es un reto. Por las preguntas tan sagazmente seleccionadas que gusta de plantear al lector y que pertenecen al dominio científico, Montaigne es un extraordinario inductor de ideas que abre nuevos horizontes hacia el porvenir. Sin duda por esta razón es por lo que se descubre su influencia no solamente entre los humanistas sino también en los científicos, tales como Descartes, Gassendi, Pascal y Fontenelle por no citar sino a los más conocidos del siglo XVII francés. Y sin duda también es por lo que Jorge Mongrédien estima: «que es cierto

[5] *«Il faut qu'il cille les yeux au coup qui le menace...», L. II, 2.*

que todos estos sabios y filósofos del siglo XVII son hijos de Montaigne y los padres de los filósofos del siglo XVIII, con todos los matices que esto conlleva».[6]

Por mi parte pienso que su crítica de la ciencia por un lado, y sus ideas y consejos pedagógicos por otro, no son sino dos aspectos complementarios e indisociables de un mismo pensamiento que tiende al mismo fin. Su amarga crítica del saber corre pareja con las de los procedimientos pedagógicos al uso. Imposible resulta progresar, racionalizar el saber —pues esto es en definitiva de lo que se trata— sin modificar la actitud de la mente, desterrando, en primer lugar, la sumisión servil al principio de autoridad. El conocimiento sólo puede conseguirse utilizando un método adecuado. Así, en cuanto a la ignoracia de los estudiantes y de los educadores ¿no nos ha manifestado?

Creo que es mejor decir que ese daño procede de su equivocada manera de habérselas con las ciencias; y que a tenor de cómo nos instruyen, no es de extrañar si ni los escolares ni los maestros llegan a ser más hábiles aunque se hagan más doctos.[7]

Digamos de paso que la distinción entre «hábiles» y «doctos» que hace Montaigne prefigura en cierto modo la distinción entre «práctica o experiencia» y «mera erudición» con supremacía de la primera en la «ciencia nueva» que protagonizará Galileo.

Escuchemos también este consejo incitando al alumno a buscar, a conocer, a observar:

[...] póngasele en la fantasía una honesta curiosidad de averiguar todas las cosas; particularmente todo lo singular que haya alrededor de él, que lo vea.[8]

He aquí ahora una aproximación con el ilustre Claude Bernard que me parece significativa. Montaigne está explicando el papel que debe ejercer el profesor ideal:

Quisiera, dice, que el preceptor, según el alcance del alma que tiene entre manos, empezara por hacerla manifestarse, haciéndole gustar las cosas, escogerlas y discernirlas por sí mismas; abriéndole el camino unas veces; otras dejándoselo abrir a ella...[9]

Escuchemos a Claude Bernard:

Creo que en la enseñanza científica el papel de un maestro es el de mostrar experimentalmente al alumno la meta que el sabio se propone e indicarle todos los medios que puede tener a su disposición para alcanzarla. El maestro, después, debe dejar al alumno libre de moverse a su modo, salvo a venir en su ayuda si ve que se extravía.

El procedimiento pedagógico es poco más o menos igual y lo mismo sucede cuando Claude Bernard previene acerca de preservar, en justa medida, la libertad mental del alumno:

[6] *Georges Mongredien*, Gassendi, l'influence immédiate, *in «Pierre Gassendi», Centre international de Synthèse, Albin Michel, 1955, p. 151.*

[7] *«Crois qu'il vaut mieux dire que ce mal vienne de leur mauvaise façon de se prendre aux sciences: et qu'à la mode de quoi nous sommes instruits, il n'est pas merveille si ni les écoliers ni les maîtres n'en deviennent pas plus habiles, quoiqu'ils s'y fassent plus doctes», L. I, 25.*

[8] *«Qu'on lui mette en fantaisie une honnête curiosité de s'enquérir de toutes choses; tout ce qu'il y aura de singulier autour de lui, il le verra», L. I, 26.*

[9] *«Je voudrais [...] que selon la portée de l'âme qu'il a en main, il commençat à la mettre sur la montre, lui faisant goûter les choses, les choisir et discerner d'elle-même; quelquefois lui ouvrant chemin, quelquefois le lui laissant ouvrir...», L. I, 26.*

Pienso, en fin, que el verdadero método científico es el que contiene la mente sin ahogarla, el que deja la mente, tanto como sea posible, frente a sí misma y la dirige respetando al mismo tiempo sus cualidades más preciadas que son su originalidad y su espontaneidad científica.[10]

Lo que era también la opinión de Montaigne, quien temiendo siempre el dominio de una autoridad excesiva, hace suya la frase de Cicerón:

Con mucha frecuencia, para los que quieren instruirse, la autoridad de los que enseñan es un obstáculo.[11]

Y cuando Claude Bernard explica:

Los que creen demasiado en sus teorías no creen lo bastante en las de los demás y [...] no hacen experiencias sino para destruir una teoría, en lugar de hacerlas para buscar la verdad...[12]

nos acordamos de Montaigne y de su insistencia en querer desarrollar en el alumno una actitud abierta, modesta, siempre dispuesta a

... abandonar las armas ante la verdad tan pronto como la advierta, ya surja en manos de su adversario, ya surja en él mismo por alguna rectificación.[13]

Igualmente se ha reprochado a Montaigne el ignorar la preeminencia del papel que habrá de desempeñar la experiencia en el futuro. La palabra «experiencia» no ha adquirido, en el campo científico, el significado que tiene en nuestros días; y Montaigne, lo concedo, considera algunas veces la experiencia según el sentido que en dicha palabra se cobijaba en la época, es decir, por debajo del juicio, más útil, en su opinión, para llegar al conocimiento.

Cuando la razón nos falla empleamos la experiencia que es un medio más débil y menos digno, pero la verdad es cosa tan grande que no debemos menospreciar nada que pueda conducirnos a ella.[14]

Lucien Febvre, hablando de la indigencia científica en el siglo XVI, ha demostrado el retraso e incluso la oposición de la mayor parte de los eruditos en cuanto a aceptar las modificaciones que imponían los nuevos datos geográficos probados por los descubrimientos de los viajeros y la supervivencia en las mentes de informaciones puramente

[10] *«Je crois que dans l'enseignement scientifique, le rôle d'un maître est de montrer expérimentalement à l'élève le but que le savant se propose et de lui indiquer tous les moyens qu'il peut avoir à sa disposition pour l'atteindre. Le maître doit ensuite laisser l'élève libre de se mouvoir à sa manière [...] sauf à venir à son secours, s'il voit qu'il s'égare. Je pense enfin que la vraie méthode scientifique est celle qui contient l'esprit sans l'étouffer, celle qui laisse autant que possible l'esprit en face de lui-même, et le dirige tout en respectant ses qualités les plus précieuses qui sont son originalité créatrice et sa spontanéité scientifique». Claude Bernard,* Pages choisies, *Ed. Sociales, 1961, pp. 119 y 120.*

[11] *«Le plus souvent, pour ceux qui veulent s'instruire, l'autorité de ceux qui enseignent est un obstacle», L. I, 26. Ésta será también la opinión de Eliseo Reclus, quien irá aún más lejos: «Tout progrès devenu dogme est un obstacle qu'il faut renverser» (citado por Arnould Clausse,* Pédagogie rationaliste, *P.U.F., 1968, p. 180).*

[12] *Claude Bernard,* op. cit., *p. 170.*

[13] *«... quitter les armes à la vérité, tout aussitôt qu'il l'apercevra; soit qu'elle naisseès mains de son adversaire, soit qu'elle naisse en lui-même par quelque ravisement», L. I, 26.*

[14] *«Quand la raison nous faut, nous y employons l'expérience [...] qui est un moyen plus faible et moins digne; mais la vérité et chose si grande, que nous ne devons dédaigner aucune entremise qui nous y conduise», L. III, 13.*

eruditas.[15] Montaigne, por el contrario, prefiere informarse interrogando directamente a testigos presenciales. Y precisa:

Me contento con esta información —acerca de las tierras recientemente descubiertas— sin averiguar lo que dicen los cosmógrafos.[16]

Y lo mismo respecto de los vientos y de su importancia en navegación:

Le repliqué entonces —dirá a un personaje que prefería la autoridad de un texto escrito a los informes de los marineros— que quería más guiarme por los efectos que por la razón.

es decir, atenerse a la experiencia que aportan los hechos y no a las especulaciones vanas por no comprobadas.[17] Y recordará que

... antes era herejía el confesar que había antípodas.[18]

Prosiguiendo su demostración sobre la incoherencia de las opiniones vigentes en aquella época, Febvre estima que «Es precisamente Claude Bernard quien podrá escribir»:

No adopto las opiniones, excepto aquellas que los hechos demuestran.[19]

Por mi parte voy a permitirme otras pertinentes citas que prueban, no sólo la conmovedora antelación de Montaigne, sino su actualidad:

Claude Bernard repite varias veces que el investigador

debe limitarse, ante todo, a comprobar bien la existencia de los hechos; de otro modo corre el riesgo de explicar cosas que no existen y cuya realidad debería haberse comprobado antes que cosa alguna [...] Ése es el origen común de los sistemas o de las doctrinas médicas que dan siempre una preponderancia a las explicaciones [...] a expensas de la realidad de los hechos.

Y observa:

... Esta tendencia de la mente a presuponer hipótesis sobre la interpretación de los hechos antes de haberlos comprobado bien, es tan natural que sólo por una educación experimental de las más profundas se pueden llegar a notar los inconvenientes de esa práctica y a corregirse de ellos.[20]

Ahora bien, he aquí que Montaigne poseía, sin duda, esa cualidad de la mente tan poco frecuente y tan difícil de conseguir, puesto que nos dice:

Veo generalmente que los hombres, ante los hechos que se les presentan, se entretienen con

[15] *Lucien Febvre,* Le problème de l'incroyance au XVIe siècle, *Albin Michel, 1962, p. 416.*

[16] *«Ainsi je me contente de cette information, sans m'enquérir de ce que les cosmographes en disent», L. I, 31.*

[17] *«Je lui répliquai lors que j'aimais mieux suivre les effets que la raison», L. II, 12.*

[18] *«c'était hérésie d'avouer des antipodes», L. II, 12.*

[19] *«Je n'épouse par les opinions, excepté celles que les faits vérifient», Lucien Febvre,* op. cit., *p. 455.*

[20] *«Il doit se borner avant tout à bien constater l'existance des faits; autrement [...] il explique des choses qui n'existent pas et dont il aurait fallu avant tout constater la réalité. [...] C'est là l'origine commune des systèmes ou des doctrines médicales qui donnet toujours une prépondérance aux explications [...] aux dépends de la réalité des faits. [...] Or, cette tendance avoir bien constatés et si naturelle que ce m'est que par une éducation expérimentale des plus solides et des mieux conduites qu'on peut arriver à en sentir les inconvénients et à s'en corriger», Claude Bernard,* op. cit., *p. 179.*

mayor gusto en buscar sus motivos que en averiguar su realidad; dejan las cosas y se entretienen en especular acerca de las causas.[21]

y explica:

Lo que hace indudables muchas cosas es que las impresiones comunes no se comprueban jamás; no se profundiza acerca de dónde yace el error o la flaqueza; no se debate sino por las ramas, no se pregunta uno si eso es verdad, sino si ha sido así o así comprendido.[22]

Experimentar, es decir, someter a prueba y establecer, ante todo, la realidad del hecho son nociones bien modernas que Montaigne ha enunciado tres siglos antes que el autor de la *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale.*

Es asimismo muy curioso el comprobar que en pleno siglo XIX Claude Bernard aún sintió la necesidad de afirmar con toda claridad que —y repito sus palabras:

El razonamiento experimental es precisamente lo contrario del razonamiento escolástico. La Escolástica necesita partir siempre de un punto de partida fijo e indubitable y no pudiendo hallarlo en las cosas exteriores ni en el razonamiento, lo toma de una fuente irracional cualquiera, como una revelación, una tradición o una autoridad convencional o arbitraria.

y prosigue:

Pienso que la creencia ciega en el hecho que pretende acallar la razón es tan peligrosa para las ciencias experimentales como las creencias de sentimiento o de fe que, ambas también, imponen silencio a la razón.[23]

Montaigne también vio que el hombre debe evadirse de la tutela de la tradición guardándose muy mucho de un respeto mal entendido hacia la autoridad personal. Por eso nos dice:

En esta práctica y negocio de ciencia hemos tomado por dinero contante y sonante la frase de Pitágoras de que «cada experto debe ser creído en su arte» [...] Y por ello: cada ciencia tiene sus principios presupuestos por donde el juicio humano está atado por todas partes. Si llegáis a chocar con esa barrera en que yace la principal flaqueza y falsedad, inmediatamente tienen esta sentencia en la boca, que no hay que disputar contra los que niegan los principios.

Y añade:

A los que combaten por presuposición les es preciso presuponer, por el contrario, el mismo axioma que se debate; pues toda presunción humana y toda enunciación tienen tanta autoridad como la otra si la razón no las distingue.[24]

[21] *«Je vois ordinairement que les hommes, aux faits qu'on leur propose, s'amusent plus volontiers à en chercher la raison qu'à en chercher la vérité: ils laissent là les choses et s'amusent à traiter les causes», L. III, II.*

[22] *«Ce qui fait qu'on ne doute de guère de choses, c'est que les communes impressions, on ne les essais jamais; on n'en sonde point le pied, où gît la faute et la faiblesse; on ne débat que sur les branches; on ne demande pas si cela est vrai, mais s'il a été ainsi ou ainsi entendu», L. II, 12.*

[23] *«Le raisonnement expérimental est précisément l'inverse du raisonnement scolastique. La scolastique veut toujours un point de départ fixe et indubitable et, ne pouvant le trouver ni dans les choses extérieures ni dans la raison, elle l'emprunte à une source irrationnelle quelconque, telle qu'une révélation, une tradition ou une autorité conventionnelle ou arbitraire. [...] Je pense que la croyance aveugle dans le fait qui prétend faire taire la raison est aussi dangereuse pour les sciences expérimentales, que les croyances de sentiment ou de foi qui, elles aussi, imposent silence à la raison». Claude Bernard,* op. cit., *pp. 172 y 174.*

[24] *«En cette pratique et négociation de science nous avons pris pour argent comptant le mot de Pythagore, que chaque expert doit être cru en son art. [...] ... chaque science a ses principes présupposés par où*

Se sabe que casi todos los grandes precursores, que los primeros sabios del Renacimiento fueron médicos. Y Montaigne, sin ser de la profesión, comprendió bien el papel de la experiencia en medicina:

La experiencia, dice, está propiamente en su lugar en cuanto a la medicina, en que el razonamiento le deja su puesto.

E igualmente:

La medicina se constituye por ejemplos y experiencia, así hace también mi opinión.[25]

Y tiene buen cuidado de aclarar que no desprecia la medicina como ciencia sino lo que había llegado a ser en su tiempo.

En cuanto a la medicina honro, en efecto, ese glorioso nombre, sus propósitos, su promesa tan útil al género humano, mas lo que designa entre nosotros ni lo honro ni lo estimo.

Y lo mismo por lo que se refiere a los médicos:

No voy contra ellos sino contra su arte.[26]

Entenderemos mejor la crítica de Montaigne si recordamos el estado en que se hallaba esta ciencia en el siglo XVI, época en que el remedio universal según Jean Fauvet sigue siendo la sangría.

Puede afirmarse sin temor a ser desmentido, declara, que la medicina vertió más sangre durante el siglo XVI que todas las guerras y todas las luchas religiosas juntas.[27]

Ya más próximo a nosotros y también a propósito de Claude Bernard, Ernesto Renan cuenta la siguiente anécdota: «Acabados sus estudios, Claude Bernard trabajaba con un farmacéutico y cuantas veces Bernard llevaba al boticario productos estropeados, éste le decía: ''Guarde eso para la tríaca, nos servirá para hacer tríaca''». Ahora bien, la tríaca cuyo invento algunos autores atribuyen a Eudemos, médico de Tiberio y otros a Andrómaco el Antiguo, médico de Nerón, era la panacea universal, un remedio extravagante, compuesto de unas sesenta substancias, entre las cuales figuraban plantas y carne de víbora, maceradas en el vino de España y todo ello expuesto deliberadamente a la fermentación... la naturaleza se encargaba de todo lo demás. ¡Y esto ocurría en 1830! Añadiremos que la tríaca figuraba todavía en el Códex de 1884.[28] Y eso que

le jugement humain est bridé de toutes parts. Si vous venez à choquer cette barrière en laquelle gît la principale erreur, ils ont incontinent cette sentence en la bouche, qu'il ne faut pas débattre contre ceux qui nient les principes. [...] A ceux qui combattent par présupposition, il leur faut présupposer, au contraire, le même axiome de quoi on débat; car tout présupposition humaine et tout énonciation a autant d'autorité que l'autre si la raison n'en fait la différence», L. II, 12.

[25] *«L'expérience est proprement sur son fumier au sujet de la médecine, où la raison lui quitte toute la place», L. III, 13. «La médecine se forme par exemples et expérience; aussi fait mon opinion», L. II, 37.*

[26] *«Ce n'est pas à eux que j'en veux, c'est à leur art» y «en la médecine j'honore bien ce glorieux nom, sa proposition, sa promesse si utile au genre humain, mais ce qu'il désigne entre nous je ne l'honore ni l'estime», L. II, 37.*

[27] *Jean Fauvet,* Les étapes de la médecine, *P.U.F., «Que sais-je?», 1941, p. 70.*

[28] *Claude Bernard,* op. cit., *p. II.* Vid. *también Jean Fauvet,* op. cit., *p. 70.*

ya hacía tiempo que Montaigne se había burlado de esos medicamentos a los que llamaba «pamemas» y que en su opinión, y repito sus propias palabras:

más tienen la apariencia de un filtro mágico que de ciencia sólida. [29]

Además, la desconfianza de Claude Bernard se extendía a toda la práctica médica y no cedía ni cuando era él el paciente. Sufría desde hacía ocho días de una ciática cuyo padecimiento habían calculado los médicos que duraría un mes.

Me quedan todavía tres semanas, dijo Bernard, pero como no creo en la medicina me queda un rayo de esperanza pues quizá me vea libre de este padecimiento antes. Sobre todo porque no hago nada.[30]

Por todo esto ya no nos asombraremos si Montaigne piensa que en casi todas las enfermedades vale más dejar actuar sola a la naturaleza:

Dejo actuar a la naturaleza y presupongo que se haya preparado lo suficiente [...] para hacer frente a los ataques que le sobrevienen.[31]

Digamos también que Claude Bernard piensa que «la medicina primitiva ha debido actuar al azar y por puro instinto; que era el resultado de una especie de observación vaga y confusa que pertenece hasta cierto punto a los animales.[32] Y cita a continuación múltiples ejemplos que nos traen a la memoria los que acumuló Montaigne en su famoso capítulo XII del Libro Segundo.

Resulta curioso que en nuestros días son principalmente médicos quienes han estudiado las extraordinarias intuiciones médicas de Montaigne y su aportación no desdeñable en algunos temas.

Montaigne, por ejemplo, ha visto con claridad que todo lo que es cualidad en las sensaciones es intransmitible e impenetrable: las sensaciones del prójimo son, pues, para nosotros un mundo cerrado pues ¿acaso no ha observado que se podría uno quejar de la filosofía

porque no ve ninguno de los puntos de unión entre lo excesivo y lo poco, lo largo y lo corto, lo liviano y lo pesado, lo cercano y lo lejano?

nociones totalmente subjetivas e inseparables del juicio individual, influido por los sentidos.[33]

Ha presentido la diferencia fundamental para la ciencia entre el empirismo o acumulación de ejemplos fundados en una observación vaga e inconsciente de hechos a menudo inciertos, oscuros y mal definidos y la experiencia, en el sentido moderno de la palabra, diferencia que ha permitido la creación del método científico en el que el ob-

[29] *«... et telles autres singeries [...] qui ont plus le visage d'un enchantement magicien que de science solide»*, *L. II, 37.*

[30] *Claude Bernard*, op. cit., *p. 27.*

[31] *«Laissons faire un peu à nature: elle entend mieux ses affaires que nous»*, *L. III, 13. «Je laisse faire nature et présuppose qu'elle se soit pourvue [...] pour se défendre des assauts qui lui viennent»*, *L. I, 24.*

[32] *Claude Bernard*, op. cit., *p. 176.*

[33] *«[à la philosophie] quelqu'un pourrait reprocher, puisqu'elle ne voit ni l'un ni l'autre bout de la jointure entre le trop et le peu, le long et le court, le léger et le pesant, le près et le loin...»*, *L. III, 9.*

jeto de estudio se somete a pruebas constantemente verificables que permiten demostraciones indubitables.

Es preciso, dice Montaigne, reunir acerca de cada cuestión el mayor número de experiencias contrarias. Hay que rehacer cada experiencia, repetirla. ¿Pero cuántas veces habrá que hacerla de nuevo para tener derecho a sacar una conclusión?

Este último punto preocupa a nuestro filósofo. Por eso se pregunta:

Aun cuando esa prueba haya sido perfecta, ¿cuántas veces se repitió? ¿Y quién hará las experiencias? Entre tantos millones no hay sino tres hombres que se preocupen de registrar sus experiencias. ¿La casualidad habrá encontrado precisamente a uno de éstos? [34]

Por otra parte, Montaigne se opone al uso tan corriente de purgantes pensando que

el peor procedimiento es el de los purgantes que ningún hombre a menos de estar loco, debe aplicar sino en una necesidad extrema.[35]

También sabemos que en virtud de la declaración del Concilio de Tours en 1163, la Iglesia afirma que «siente horror por la sangre» lo que hace que prefiera hacer matar por el fuego. Esta declaración fue fatal para la cirugía cuya práctica quedó en manos de subalternos, principalmente barberos. En Francia el esplendor que había alcanzado en el siglo XVI gracias a Ambroise Paré y a sus sucesores pasó pronto. Rechazada por la universidad y formando parte de la corporación de barberos, la cirugía languideció durante medio siglo por lo menos. Montaigne, siempre entusiasta de la experiencia, adivinó el más rápido y seguro desarrollo de la cirugía y sus grandes posibilidades cuando estima:

La cirugía es más segura porque ve y maneja lo que hace; en cambio los médicos no tienen medio que les descubra nuestro cerebro, nuestro pulmón y nuestro hígado.[36]

También ha pensado en la importancia y necesidad de la especialización en medicina:

Los Egipcios tenían razón, declara, al rechazar el oficio de médico general y [preferir] dividir esa profesión; a cada enfermedad, a cada parte del cuerpo, su artesano.[37]

Digamos también que ha descubierto la relación estrecha que existe entre la higiene y la salud:

He visto con ocasión de mis viajes casi todos los baños famosos de la Cristiandad y desde hace algunos años he empezado a utilizarlos; pues, en general estimo que el baño es saludable y creo que incurrimos en no pequeñas incomodidades para nuestra salud por haber perdido esta cos-

[34] *«Davantage quand cette preuve aurait été parfaite, combien de fois fut-elle réitérée? Et cette longue cordée de fortunes et de rencontres renfilée, pour en conclure une règle? Quand elle sera conclue, par qui est-ce? De tant de millions il n'y a que trois hommes qui se mêlent d'enregistrer leurs expériences. Le sort aura-t-il rencontré à point nommé l'un de ceux-ci?»*, L. II, 37.

[35] *«le dernier et le pire [procédé] est celui des purgations que nul homme, s'il n'est fol doit entreprendre qu'à l'extrême nécessité»*, L. II, 37.

[36] *«... la chirurgie me semble beaucoup plus certaine par ce qu'elle voit et manie ce qu'elle fait; là où les médecins n'ont point de* speculum matricis *qui leur découvre notre cerveau, notre poumon et notre foie»*, L. II, 37.

[37] *«Les Egyptiens avaient raison de rejeter ce général métier de médecin et découper cette profession; à chaque maladie, à chaque partie du corps, son ouvrier»*, L. II, 37.

tumbre que por lo general se observaba en tiempos pasados en todas las naciones y se observa todavía en algunas, de lavarse el cuerpo todos los días; y no puedo imaginar que valgamos mucho por tener nuestros miembros así de sucios y nuestros poros tupidos de basura.[38]

Citaremos por último la opinión del gran médico Maurice Creys que nos informa de que: «En hidrología médica, Montaigne se ha comportado como un observador sagaz y como un genial precursor. Ha formulado una de las principales contraindicaciones de las curas hidrominerales: la degeneración de los órganos. Ha realizado en sí mismo la prueba de ello y consagrado la utilidad de uno de los elementos de pronóstico fundamentales en la cura de la diuresis: el retraso de la eliminación acuosa provocada».[39]

Por otra parte, tras haber demostrado la afinidad de pensamiento entre Claude Bernard y Montaigne, me parece que podría ser interesante, con el fin de poner mejor de relieve la actitud precientífica de nuestro autor, comparar algunas de sus ideas con las de ese eminente biólogo francés contemporáneo que ha sido Jean Rostand y cuyo parentesco intelectual con Montaigne me ha llamado mucho la atención. El propio Rostand nos invita a hacer tal aproximación cuando sugiere:

Es posible que antaño, cuando arte y ciencia estaban aún mal diferenciados, haya habido escritores que hayan aportado ideas nuevas capaces de provocar la reflexión de los científicos. Y pensamos en Montesquieu, en Diderot, en Voltaire...[40]

Por nuestra parte vamos a permitirnos pensar asimismo en Montaigne. Por supuesto que no pretendemos igualar las intuiciones de los *Ensayos*, por muy meritorias e interesantes que sean, con los descubrimientos científicos de Jean Rostand que se ha beneficiado de un progreso intelectual y de un material moderno desconocidos en el siglo XVI. La desproporción sería demasiado injusta. Nos proponemos únicamente señalar algunos ejemplos que manifiestan una cierta similitud de carácter, un parecido indudable en cuanto a la actividad de la mente, en una palabra, una conformidad de pensamiento y de actitud hacia la ciencia y la investigación.

Comprobemos en primer lugar que Jean Rostand se decidió a escribir sus ideas, su autobiografía espiritual, «lo que cree» no lejos ya de los sesenta años pensando tal vez, como Montaigne, que ese momento en el umbral de la vejez, era el más conveniente para semejante empresa.

Cuando explica cómo piensa hacer su exposición y a qué condiciones piensa someterse sentimos la tentación de evocar el *Aviso al lector* de Montaigne, presentando a éste

un libro de buena fe y deseando: quiero que se me vea en él en mi manera sencilla, natural y corriente, sin contención ni artificio...

[38] *«J'ai vu, par occasion de mes voyages, quasi tous les bains fameux de la Chrétienté, et depuis quelques années ai commencé à m'en servir; car en général j'estime le baigner salubre, et crois que nous encourons non légères incommodités en notre santé, pour avoir perdu cette coutume, qui était généralement observée au temps passé quasi en toutes les nations, et est encore en plusieurs, de se laver le corps tous les jours; et ne puis pas imaginer que nous ne vaillions beaucoup moins de tener ainsi nos membres encroûtés et nos pores étoupés de crasse», L. II, 37.*

[39] *Citado por Maurice Rat,* Michel de Montaigne, médecin de soi-même, *B.S.A.M., quatrième série, nº 15, 1968.*

[40] *Jean Rostand.* Zola homme de vérité, *in* L'oeuvre scientifique et philosophique de Jean Rostand. *Larousse. 1968. p. 101.*

Así Rostand:

Ni que decir tiene que en esta clase de confesiones el primer deber es de buena fe [...] Si hay contradicciones en mí, no me esforzaré en encubrirlas o en reducirlas [...] Daré mis opiniones desnudas, sin artificios tal y como han surgido, libres y silvestres en el pobre terreno de mi experiencia.[41]

Siguiendo con la misma objetiva actitud, Rostand prosigue:

Incluso en mi fuero interno me cuido mucho de pensar que los que creen de distinto modo que yo razonen peor que yo.[42]

actitud respetuosa de la opinión ajena y que habría agradado a Montaigne a quien no hiere ninguna opinión distinta a la suya y que declara:

Por sentirme comprometido con una forma, no pretendo obligar a los demás a preferirla, como hacen todos; y creo y concibo mil maneras de vida contrarias a la mía.[43]

Rostand justifica esta actitud suya por sus convicciones científicas, no olvidando:

de qué materia frágil y contingente están hechas las opiniones de un hombre. No ignoro que si yo hubiese heredado otro tejido nervioso y otras glándulas de secreción interna, que si hubiese vivido en otro ambiente, oído otras palabras, leído otros libros, amado a otras personas, podría ser muy distinto de como soy y confundido con los que hoy me parecen tan alejados de mí.[44]

¿Y Montaigne? Desprovisto de los conocimientos que posee Rostand, su opinión es, no obstante, poco más o menos semejante, cuando comprueba la importancia determinante de la influencia del medio sobre el pensamiento o la creencia:

Todo esto, dice (al hablar de nuestros pensamientos), es una señal evidente de que no recibimos nuestra religión sino a nuestro modo, y por nuestras propias manos, y no de otro modo de cómo se reciben las otras religiones. Nos hemos encontrado en el país en que estaba vigente [...] Otra religión, otros testigos, semejantes promesas y amenazas nos hubieran podido imprimir, por el mismo camino, una creencia opuesta.[45]

Cuando Rostand nos recuerda:

¿Quién dudaría hoy —e independientemente del prejuicio filosófico sobre las relaciones de lo físico y de lo moral— de que todos nuestros sentimientos, nuestros estados de ánimo, nuestras emociones no tengan por condiciones inmediatas el estado de nuestros humores?[46]

No podemos evitar el pensar en la clarividente anticipación de Montaigne que, aunque expresada en términos poco apropiados, insiste tan a menudo sobre la dependen-

[41] *Jean Rostand*, L'oeuvre scientifique..., *p. 105.*

[42] *Jean Rostand*, L'oeuvre scientifique..., *p. 106.*

[43] *«Pour me sentir engagé à une forme, je n'y oblige pas le monde, comme chacun fait; et crois et conçois mille contraires façons de vie», L. I, 37.*

[44] *Jean Rostand*, L'oeuvre scientifique..., *p. 106.*

[45] *«Tout cela, c'est un signe très evident que nous ne recevons notre religion qu'à notre façon et par nos mains, et non autrement que comme les autres religions se reçoivent. Nous nous sommes rencontrés au pays où elle était en usage; [...] Une autre religion, d'autres témoins, pareilles promesses et menaces nous pourraient imprimer par même voie une croyance contraire», L. II, 12.*

[46] *Jean Rostand*, L'oeuvre scientifique..., *p. 124.*

cia del pensamiento y del carácter, sometidos a los diferentes estados de salud del cuerpo y a las circunstancias exteriores:

Si la Naturaleza encierra en los límites de su progreso ordinario, como a todas las cosas, también las creencias, los juicios y opiniones de los hombres; si tienen también su revolución, su sazón, su nacimiento, su muerte como las coles; si el cielo los agita a su antojo, ¿qué magistral y permanente autoridad les vamos nosotros atribuyendo? Si, por experiencia, tocamos con la mano que la fuerza de nuestro ser depende del aire, del clima y del terreno en que nacemos, no solamente la tez, la estatura, la complexión y el aspecto sino también las facultades del alma...[47]

Podríamos decir que, de alguna manera, existe en él el sentimiento de un cierto determinismo biológico que, dominando al hombre, justifica su conducta. Este sentimiento es el que sirve de excusa a Montaigne:

y no es por razonamiento por lo que he escogido este hablar escandaloso: es la Naturaleza quien lo escogió por mí. Y también: mi valor [...] es como la Naturaleza me lo forjó...[48]

Estamos todos al corriente de los profundos cambios semánticos sufridos por la palabra «naturaleza», palabra de múltiples y complejos significados que, con tanta frecuencia, sustituye a Dios, por ejemplo, y de la dificultad de saber lo que designa exactamente en los diversos contextos de los *Ensayos*. Por supuesto que no se trata aún de la «naturaleza» de los tiempos biológicos actuales, mas nos parece que en los dos ejemplos anteriormente citados, Montaigne se inclina por la existencia de elementos, de caracteres innatos cuya influencia se extiende incluso a las cualidades morales y sobre los cuales ni el razonamiento ni la voluntad tienen poder alguno. En cualquier caso y cualquiera que sea el significado exacto que posee aquí la palabra «naturaleza», está claro que Montaigne la utiliza para rechazar el asumir toda responsabilidad. Esta inclinación es sin duda el fundamento del hondo sentir que le impulsa a aceptarse como es, sin complacencia, sin vanidad y sin orgullo pero, paralelamente, sin ningún sentimiento de culpabilidad ni, por consiguiente, tampoco de arrepentimiento, lo que la ortodoxia le criticó ferozmente y nunca le perdonó.

Sabemos que Rostand ha expresado en una bella prosa, clara, concisa, que procede de la precisión científica, la angustia del hombre. A propósito de las cuestiones fundamentales que solicitan eternamente nuestra meditación —el universo, la condición humana y tantas otras—, no teme confesar:

No vacilaré en decir que tratándose de estos problemas, he atravesado la existencia en un estado de incomprensión azorada [...]

Y así es cómo nos define:

[...] de entre los millones de especies en que se manifiesta la vida [hay una] la nuestra que domina todo lo demás por la virtud de lo que llama el pensamiento, una a la que su superiori-

[47] *«Si Nature enserre dans les termes de son progrès ordinaire, comme toutes autres choses, aussi les créances, les jugements et opinions des hommes; si elles ont leur révolution, leur saison, leur naissance, leur mort, comme les choux; si le ciel les agite et les roule à sa poste, quelle magistrale autorité et permanente leur allons-nous attribuant? Si, par expérience, nous touchons à la main que la forme de notre être dépend de l'air, du climat et du terroir où nous naissons, non seulement le teint, la taille, la complexion, et les contenances, mais encore les facultés de l'âme...»*, L. II, 12.

[48] *«et n'est par jugement que j'ai choisi cette sorte de parler scandaleux; c'est Nature qui l'a choisi pour moi»*, L. III, 5. Y *también: «mon courage [...] il est comme Nature me le forgea...»*, L. III, 12.

dad destaca y aisla hasta el punto que se sentiría inclinada a presumir de una originalidad singular si todo no viniese a recordarle que está unida al vasto pueblo de los seres vivos.[49]

Además conocemos su famosa frase:

Explicadme el sapo y os dispenso de explicarme al hombre.[50]

Montaigne estaba igualmente fascinado por las maravillas del mundo animal que en nuestros días apasionan cada vez más a los biólogos. Sin duda no se habría sorprendido demasiado si hubiera sabido que llegaría un día en que especialistas científicos estudiarían el comportamiento animal con vistas a deducir de él las reglas del comportamiento humano. Y es en este punto capital de la unidad esencial de la vida —punto que sigue estando sometido a debate— en el que el acuerdo y la conformidad de pensamiento de Montaigne con Rostand nos parecen, salvando todas las distancias, tan curiosos como evidentes:

He dicho todo esto —explica Montaigne— para mantener ese parecido que hay en las cosas humanas y para reunirnos y unirnos a esa cantidad, es decir al conjunto de los seres, no estamos ni por encima ni por debajo de lo demás. [...] Hay algunas diferencias, hay órdenes y grados pero siempre bajo el aspecto de una misma naturaleza. Hay que limitar al hombre y colocarle dentro de las barreras de esta organización. El miserable no puede salirse de ellas; está atado, metido de lleno, sujeto a las mismas obligaciones que las demás criaturas y es de una condición bastante mediocre, sin ninguna prerrogativa, preexcelencia verdadera y esencial.

Pues ya sabemos que Montaigne no separa al alma del cuerpo.[51] Y añade más adelante:

... Hay más diferencia de tal hombre a tal hombre que de tal animal al hombre.[52]

Y no olvidemos esta importante manifestación:

El hombre va cambiando y transformándose sin cesar en otro desde la simiente.[53]

Ahora bien, resulta que la idea de que el hombre sólo difiere cuantitativamente respecto del animal es uno de los postulados fundamentales de Jean Rostand:

Una de las cosas que creo con mayor firmeza —una de las pocas de las que estoy casi seguro— es que no existe entre nosotros y el animal más que una diferencia de cantidad y en modo alguno de cualidad; es que somos del mismo tejido, de la misma substancia que el animal.[54]

Recordemos asimismo la opinión de Claude Bernard:

En su grado más sencillo —despojada de los accesorios que la enmascaran en la mayor parte

[49] *Jean Rostand,* L'oeuvre scientifique..., *p. 107.*

[50] *Jean Rostand,* L'oeuvre scientifique..., *p. 109.*

[51] *«J'ai dit tout ceci pour maintenir cette ressemblance qu'il y a aux choses humaines et pour nous ramener et joindre au nombre. Nous ne sommes ni au-dessus ni au-dessous du reste. [...] Il y a quelque différence, il y a des ordres et des degrés; mais c'est sous le visage d'une même nature. Il faut contraindre l'homme et le ranger dans les barrières de cette police. Le misérable n'a garde d'enjamber par effet au-delà; il est entravé, il est assujetti de pareille obligation que les autres créatures [...] et d'une condition fort moyenne, sans aucune prérogative, préexcellence vraie et essentielle», L. II, 12.*

[52] *«... il se trouve plus de différence de tel homme à tel homme que de tel animal à l'homme», L. II, 12.*

[53] *«[L'homme] depuis le semence va toujours se changeant et muant d'un à autre», L. II, 12.*

[54] *Jean Rostand,* L'oeuvre scientifique..., *p. 108.*

de los seres—, la vida, contrariamente al pensamiento de Aristóteles, es independiente de toda forma específica.[55]

Y ya es bien sabido que el paso de lo cualitativo a lo cuantitativo constituye la propia esencia de la ciencia moderna.

Otra actitud científica de Montaigne es la de considerar los problemas desde todos los puntos de vista posibles, reparando siempre en el pro y el contra, la de confrontar tesis opuestas, la de presentar ambivalencias y la de concluir con un interrogante. Daremos aquí un ejemplo de esto, aunque no sean los términos de esta ambivalencia lo que deseamos destacar, claro está, sino la alternativa en sí que demuestra, a pesar de la enorme distancia recorrida por la ciencia desde la época de Montaigne, un asombroso parecido en el caminar de ambas mentes. Oigamos a Montaigne:

¿Son nuestros sentidos los que prestan al sujeto esas diversas condiciones y que no obstante los sujetos no poseen más que una? Como vemos con el pan que comemos; sólo es pan, pero nuestro uso lo convierte en huesos, sangre, carne, pelos y uñas [...] El humor que chupa la raíz de un árbol, se transforma en tronco, hoja y fruto [...] ¿Son, digo, nuestros sentidos los que transforman esas diversas cualidades de esos sujetos o realmente las poseen así? ¿Y en cuanto a esta duda, qué podemos resolver acerca de su verdadera esencia? [56]

Veamos ahora a Jean Rostand:

Desde Anaxágoras y Demócrito, el espectáculo de los cuerpos organizados no ha dejado de producir opiniones discordantes [...] ¿Es que el aspecto de estos cuerpos es realmente equívoco y nos está permitido pensar que, si la finalidad se presentase en ellos un poco más toscamente, todos los biólogos se contentarían con una explicación por lo fortuito, que si la finalidad se presentase de forma algo más precisa, todos estarían de acuerdo para decretar la incompetencia del azar? ¿O, por el contrario, debemos creer que la discordancia preexiste en la mente del observador, independientemente de los caracteres del objeto? [57]

Repitamos que desde el principio y en varias ocasiones Rostand nos advierte modestamente que experimenta el sentimiento de una incomprensión esencial, que ha perdido acerca de muchos puntos la ilusión de saber. Montaigne insiste a menudo sobre la dificultad de llegar a la verdad, de apoderarse de la realidad y antes que aceptar, sin comprobarlas, las opiniones recibidas, prefiere confesar su ignorancia. Mas lo que me parece muy notable es, que habiendo reflexionado sobre estas cuestiones, en lugar de atribuir esa dificultad exclusivamente a los problemas por resolver, la atribuya también a la naturaleza de nuestra inteligencia, incapaz de ir derecha a la meta que se propone. Y así enuncia esta observación tan pintoresca como pertinente:

[La inteligencia] cree observar de lejos no sé qué apariencia de luz y de verdad imaginarias; pero mientras acude a ellas, tantas dificultades se le atraviesan en el camino, impedimentos y nuevas búsquedas, que la extravían y la confunden.[58]

[55] *Claude Bernard*, op. cit., *p. 55.*

[56] *«Sont-ce nos sens qui prêtent au sujet ces diverses conditions, et que les sujets n'en aient pourtant qu'une? Comme nous voyons du pain que nous mangeons; ce n'est que pain mais notre usage en fait des os, du sang, de la chair, des poils et des ongles. [...] L'humeur que suce la racine d'un arbre, elle se fait tronc, feuille et fruit. [...] sont-ce, dis-je, nos sens qui façonnent de même de diverses qualités ces sujets, ou s'ils les ont telles? Et sur ce dout que pouvons-nous résoudre de leur véritable essence?», L. II, 12.*

[57] *Jean Rostand*, L'oeuvre scientifique..., *p. 114.*

[58] *«[L'esprit] pense remarquer de loin je ne sais quelle apparence de clarté et vérité imaginaire; mais pendant qu'il y court, tant de difficultés lui traversent la voie, d'empêchements et de nouvelles quêtes, qu'elles l'égarent et l'énivrent», L. III, 13.*

Mucho más tarde, en nuestros días, Rostand será de la misma opinión, tan confuso y difícil es el camino que lleva al descubrimiento:

[...] Siempre es una singular e instructiva aventura la del progreso humano [...] ¡Qué extraños nos parecen con frecuencia, los caminos que condujeron hasta la verdad! ¡Cuántos rodeos, cuántas vueltas, circunvoluciones, cuando hubiera sido tan sencillo ir por el camino más corto! Un sabio se aproxima a la verdad, la huele [...] se diría que, habiéndola adivinado, va a tender las manos para apoderarse de ella. Pues no, vemos que se aparta de ella, para meterse resueltamente por el camino equivocado...[59]

No puedo en este momento resistirme a la tentación de citar también, a este respecto, a Santiago Ramón y Cajal:

Hoy no acierto a comprender cómo tan trivial pensamiento tardó tanto en ocurrírseme. ¡Cuánta verdad es que las más sencillas soluciones acuden siempre las últimas, y que la imaginación constructiva, antes de hallar el buen camino [...] comienza por perderse en lo complicado![60]

Encontraremos asimismo en Montaigne y en Rostand lo que, a través de los siglos y cualquiera que sea el número de los descubrimientos adquiridos, la importancia de los logros, el progreso de las técnicas que permiten todas las esperanzas y desgraciadamente también ¡ay! todos los temores, lo que sigue constituyendo el espíritu científico: el rechazo de las tesis excesivas, de las afirmaciones rotundas, el sentido de lo relativo y la convicción de que el conocimiento en ciencia es siempre provisional. Que ha habido, que hay certidumbres falsas.

Por esto, nos dice Montaigne, cuando se nos presenta alguna doctrina nueva tenemos gran oportunidad de desconfiar de ella y de considerar que antes de que se produjera, estaba en boga su contraria; y lo mismo que ha sido derribada por ésta, podrá nacer en el futuro una tercera invención que chocará del mismo modo con la segunda.[61]

Por lo mismo estima Rostand:

En la historia de la biología como en la de cualquier ciencia, se hallará motivo de desconfianza con respecto a afirmaciones demasiado dogmáticas. Y no es ésa una de las más insignificantes lecciones que podremos recibir. Y también: agradezco a ciertos errores el recordarme la indigencia de mi verdad.[62]

Lo mismo Montaigne:

¿Quien recuerde haberse equivocado tantas veces, no es acaso un necio si nunca desconfía de su propio juicio?

Luego, recordando «tantos errores como ha producido la fantasía humana» ¿no consideraba preferible permanecer en duda?

¿Acaso no vale más permanecer en suspenso?[63]

[59] *Jean Rostand,* L'oeuvre scientifique..., *pp. 84-85.*

[60] *Santiago Ramón y Cajal,* Páginas de mi vida, *Madrid, Aguilar, 1954, p. 498.*

[61] *«Ainsi quand il se présente à nous quelque doctrine nouvelle, nous avons grande occasion de nous en défier, et de considérer qu'avant qu'elle fût produite, sa contraire était en vogue; et comme elle a été renversée par cette-ci, il pourra naître à l'avenir un tierce invention qui choquera de même la seconde», L. II, 12.*

[62] *Jean Rostand,* L'oeuvre scientifique..., *pp. 86 y 131 respectivamente.*

[63] *«Qui se souvient de s'être tant de fois mécompté n'est-il pas un sot de n'entrer pour jamais en défiance de son jugement? [...] Vaut-il pas mieux demeurer en suspens que de s'infrasquer en tant d'erreurs que l'humaine fantaisie a produites?», L. II, 12 y L. III, 13.*

Igualmente Jean Rostand, cuando nos confiesa «lo que cree», se niega a expresar ninguna certidumbre y nos previene de que, sin duda, «la razón suprema sería suspender el juicio». Luego precisa:

Eso es lo que a fin de cuentas me parece lo menos imposible, lo menos inverosímil, por lo que muy honestamente apostaría si tuviera, acerca de los grandes problemas, que apostar, y no una apuesta fraudulenta, como la de Pascal, en que se nos coacciona con la angustia y el infinito, sino una buena apuesta honesta en que se pueda conservar toda lucidez mental.[64]

Otro detalle ha atraído mi atención. Los críticos, ya es sabido, han calificado a menudo a Jean Rostand de moralista. Esta particularidad que le aproxima a Montaigne explicaría tantos puntos comunes entre estas dos personalidades preocupadas por descubrir los ocultos resortes del pensamiento y de la acción de los hombres y que proponen una moral que tiene por meta última el pleno desarrollo y florecimiento de nuestra naturaleza.

Ser virtuoso, según el biólogo, piensa Rostand, es utilizar correctamente todos los recursos del propio cerebro [...]. Es exigir el pleno rendimiento del propio ser, es honrar la propia totalidad orgánica; [...] es hacer primar en uno mismo las cualidades que han hecho la excelencia de nuestra especie; es preferir vivir a nivel de hombre.[65]

Y Montaigne:

Nada hay tan hermoso y tan legítimo como actuar como hombre y debidamente, ni ciencia tan ardua como saber vivir esta vida bien y conforme a la naturaleza y de nuestras enfermedades la más salvaje es despreciar nuestro ser.[66]

La actitud científica —Abel Rey lo ha demostrado— se inicia en el momento en que los hombres han tratado de saber, de saber por saber y no solamente para vivir. Desde este punto de vista los *Ensayos* son un eslabón excepcionalmente importante de la cadena que constituye la historia del progreso humano con vistas a una vida más feliz en la tierra, a una vida liberada de los temores sobrenaturales.

Por las cualidades de su estilo —prudencia en la afirmación, expresión modesta, siempre matizada con sentimientos de posibilidad, de verosimilitud, de probabilidad, nunca dogmática—, por su rigor de pensamiento, su crítica implacable de los prejuicios, su desconfianza hacia las ideas admitidas, su negativa a comprometerse con ningún sistema filosófico, su preocupación por conservar siempre la facultad de dudar, su exigencia y su gusto y respeto por la verdad y su entusiasmo por el saber auténtico que

en su verdadero aspecto es la más noble y poderosa adquisición de los hombres.[67]

nos parece que Montaigne posee ampliamente las condiciones esenciales que permitirán el florecimiento del espíritu científico.

Otilia López Fanego

[64] *Jean Rostand,* L'oeuvre scientifique..., *p. 106.*

[65] *Jean Rostand,* L'oeuvre scientifique..., *p. 120.*

[66] *«Il nêst rien si beau et si légitime que de faire bien l'homme et dûment, ni science si ardue que de bien et naturellement savoir vivre cette vie et de nos maladies la plus sauvage, c'est mépriser notre être». L. III, 13.*

[67] *«J'aime et honore le savoir autant que ceux qui l'ont; et en son vrai visage, c'est le plus noble et puissant acquêt des hommes», L. III, 8.*